

**PALABRAS DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA, DOCTOR GUSTAVO BELL LEMUS, EN LA
CLAUSURA DE LA XXXVII ASAMBLEA ANUAL DE LA
CONFEDERACIÓN COLOMBIANA DE CÁMARAS DE
COMERCIO “CONFECÁMARAS”**

Neiva, 5 de octubre de 2001

Hace un siglo Colombia sufría uno de los episodios más cruentos y largos de su historia republicana, donde los hijos de la nación se mataban entre sí, muchas veces sin saber por qué, escudados tras la fidelidad ciega a unos partidos políticos que se mostraban incapaces de elevar las ideas y la concordia sobre el conflicto que nos desangraba. Era la llamada Guerra de los Mil Días.

Un General de bigote entorchado y barba corta y espesa lideró las huestes del partido liberal, con genio militar, pero sintiendo, sin embargo, en sus entrañas la terrible inutilidad de una guerra entre hermanos. Ese General era Rafael Uribe Uribe. Al terminar el conflicto, que sólo dejó a Colombia ruinas y dolor y un territorio desmembrado por la pérdida de Panamá, ese recio General dejó de ser un hombre de guerra y se convirtió en el más firme defensor de la paz. ¡Nadie más que un guerrero puede darse cuenta de la tremenda e infructuosa realidad de la guerra y de la urgente necesidad de la paz!

Por eso no es de extrañar que en octubre de 1904 este líder hubiera pronunciado un célebre discurso que terminó con este párrafo memorable:

“Tenemos toda una nación por reconstruir. Nuestros padres y nosotros mismos creímos hacer Patria empleando los fusiles destructores. Necesitamos “hacer Patria” con las herramientas fecundas del trabajo. Yo he podido renunciar, como en efecto he renunciado, de una vez por todas y para siempre, a ser un revolucionario con las armas, pero no he renunciado a ser un revolucionario y un agitador en el campo de las ideas. Cada mañana toco a tropa a las que he venido profesando y, pasada la revista revaluadora, doy de baja sin pena a las que hallo inútiles para el servicio y las repongo con otras jóvenes y robustas. Querría que así procediesen todos en vez de apacentarse en la inercia del pensamiento y de la acción. Si Colombia se pierde, es por pereza. ¡Trabajemos!”.

He traído a cuento esta historia y este interesante pensamiento de Uribe Uribe porque entiendo que en ellos están plasmados de alguna manera el sentido y propósito de la clase empresarial colombiana, la que forma el soporte de las

Cámaras de Comercio y de esta Confederación que las agrupa y representa. Los empresarios colombianos, los hombres y mujeres que le han apostado con seriedad a crear riqueza y empleo para el país, son el símbolo vivo de aquellos que privilegian el valor de las ideas sobre los débiles argumentos de la violencia. Los empresarios de Colombia no se abandonan a la inercia del pensamiento y de la acción y parecen responder, todos a una, a la última imprecación del General: ¡TRABAJEMOS!

¡Cuánta falta hace que entendamos este mensaje de valor civil y de espíritu patriótico! Hoy, cuando Colombia, como hace un siglo, soporta la absurda realidad de una lucha entre hermanos generada por unos pocos que prefieren la brutalidad de las armas al debate de las ideas, tenemos que retomar las herramientas de la paz y demostrar con iniciativas de acción cívica, con creación de empresas, con producción competitiva, con comercio legal, que 40 millones de colombianos honestos y pacíficos somos más y podemos más que un puñado de desadaptados.

¡Trabajemos! Esa es la consigna. ¡Creamos! Esa es una tarea que no se sustenta en la fe sino en hechos reales que a veces

nos resistimos a constatar. ¡Mantengámonos unidos contra la violencia con la fuerza de nuestro trabajo! Ese es el espíritu que nos congrega hoy en esta Trigésima Séptima Asamblea General de Confecámaras.

Aquí hay hombres de empresa. Aquí están los directores y representantes de las Cámaras de Comercio que representan en todas las regiones del país el mejor apoyo y respaldo, la más cumplida información, el soporte técnico y jurídico, para los empresarios. Pero no sólo eso: las Cámaras de Comercio son, además, una fuente inagotable de iniciativas regionales de carácter cívico y cultural, con una presencia importante en los municipios y sus zonas de influencia donde prestan su invaluable servicio.

A estos hombres de empresa los invito hoy a abandonar el pesimismo que está carcomiendo a la sociedad colombiana y a entender que, en medio de las dificultades que vivimos, tenemos muchas razones para seguir creyendo en nuestro país y en el mejor desarrollo de nuestra economía. Como lo dije antes, no es cuestión de fe: es cuestión de estar bien informados y de analizar con objetividad esta información. Porque hay un terrorismo que a veces puede ser tan peligroso

para un país como el de los actos violentos: el terrorismo de la desinformación, el terrorismo de las malas expectativas, el terrorismo de la desesperanza.

El Gobierno Nacional ha obrado en el campo económico y social bajo una política de equilibrio. Por ello evitamos responder a la difícil situación económica que encontramos con medidas cortoplacistas, de efectos inmediatos pero poco duraderos, seguramente muy populares pero irresponsables. Lo que hemos hecho ha sido tomar las medidas drásticas que exigían las circunstancias, sin olvidar, por otro lado, la necesidad de realizar programas de alto impacto social, como los que componen el Plan Colombia, para aliviar las necesidades urgentes de los más desamparados del país.

Los logros han sido patentes y su sola mención agotaría el tiempo de este discurso. Por eso he preferido no iniciar su recuento con mis propias palabras, sino con las palabras del mismo presidente de Confecámaras, el doctor Eugenio Marulanda Gómez, quien resume mejor que nadie los resultados de la políticas económica del gobierno. Dice el doctor Marulanda, refiriéndose a los resultados de las 1.000 empresas más grandes de Colombia en el 2001:

“Los resultados obtenidos por este importante grupo de empresas el año pasado son consistentes con el desenvolvimiento de la economía colombiana que entró en una etapa de recuperación y estabilización de las principales variables macroeconómicas, fundamentada en las decisiones adoptadas por el Gobierno en desarrollo de las políticas monetaria, cambiaria, externa y fiscal, principalmente”.

A renglón seguido, el doctor Marulanda hace un recuento de diversos índices que mostraron especial reactivación el año pasado, a saber: el crecimiento del PIB del 2.8%, que contrasta con el decrecimiento del 4.4% en 1999; el crecimiento en las exportaciones industriales de un 21.7%, en buena medida causado por el tipo de cambio real que se mantuvo en niveles competitivos; el crecimiento del sector comercio del 5.3% y el del sector agropecuario también en un 5.3%.

Yo agregaría otros datos importantes hasta la fecha:

Vamos para el tercer año consecutivo con una inflación de un solo dígito, confiando en que la de este año esté alrededor del

8%, con lo cual hemos derrotado el impuesto más costoso para los más pobres de Colombia.

Se ha logrado bajar y mantener estables las tasas de interés, dejando atrás la época en que superaban el 50% efectivo anual, haciendo imposible cualquier negocio.

Gracias a los mecanismos de ajuste fiscal que, con responsabilidad, hemos puesto en práctica, el déficit del sector público consolidado, que fue del 6.4% en 1999, bajó al 3.6% el año 2000 y seguirá bajando este año y el siguiente.

Además, con medidas de emergencia y un enérgico tratamiento se evitó que el sector financiero en Colombia cayera en una crisis sistémica y hoy está firme, fuerte, consolidado, presentando en julio de este año utilidades por más de 251 mil millones de pesos.

Para evitar dicha crisis se invirtieron unos 7.6 billones de pesos –de los cuales 5 billones se destinaron a proteger el ahorro de la gente en la banca pública, 1.8 billones a aliviar la situación de los deudores del antiguo UPAC, 0.4 billones a la situación de la banca privada y 0.4 billones al sector cooperativo-. Sin

embargo, el costo de impedir la crisis -que fue del 4.1% del PIB- fue sustancialmente menor al que tuvieron que pagar otras economías en similares circunstancias, que oscila entre el 10 y el 11%.

Por si fuera poco, gracias a todas estas políticas, -acompañadas por ajustes estructurales responsables como los presupuestos austeros, la reforma al régimen de transferencias, la ley de ajuste fiscal territorial, la reforma tributaria, la ley de reactivación empresarial, la ley de juegos de suerte y azar, la creación de las zonas económicas especiales de exportación y la ley de Mipymes- Colombia hoy ha consolidado una gran credibilidad financiera a nivel internacional que nos ha permitido, no sólo haber completado ya todo el financiamiento externo para este año, sino también haber comenzado a cubrir el del año 2002.

El razonamiento que debemos hacer es muy sencillo: ¿Dónde estaríamos ahora si no hubiéramos hecho las reformas estructurales que les acabo de mencionar? ¿Dónde estaríamos si hubiéramos seguido con inflaciones cercanas al 20%, con intereses en las nubes, con un peso artificialmente revaluado, con un sistema financiero enfilado hacia una crisis sistémica,

con un sistema de crédito de vivienda que hacía impagables las deudas y con el gasto público desbordado?

Pensemos en esto con objetividad y entonces sí enfrentemos de una manera más positiva nuestra realidad económica. No es que hayamos culminado la tarea ni que estemos al otro lado del río. Sabemos que no es así. Nos falta mucho por hacer y la incierta situación mundial, así como el empecinado accionar de los violentos, son obstáculos que tenemos que superar. Pero no podemos desconocer la importancia de lo que hemos hecho hasta ahora. Ésta es una información que tenemos, como dirigentes del sector privado o público, que conocer y evaluar, que tenemos la obligación de divulgar, en lugar de unirnos a los profetas del desastre. Ésta es la información que nos proporciona, sin duda, nuevas razones para creer en el futuro del país que estamos construyendo entre todos.

Por supuesto, alguien podrá aducir con razón: ¿Y qué pasa con el empleo? Pues bien: esta variable reaccionará, sin duda, en la medida en que reaccionemos todos nosotros con una actitud más proactiva y decidida, invirtiendo y creando más empresas, basados en los hechos de la economía positiva que acabo de resumir.

Pero no nos hemos quedado quietos. Las últimas cifras reveladas por el Dane demuestran que, gracias a programas de alto impacto social y regional como los que componen el Plan Colombia, estamos logrando el objetivo fundamental de crear empleos en las pequeñas ciudades y en las zonas rurales del país. Ésta es la razón por la cual la tasa de desempleo nacional bajó entre julio y agosto de este año del 15.2% al 14.6%, alcanzando el segundo guarismo más bajo del año. Además, también disminuyó el porcentaje del subempleo nacional.

En total, en el último bimestre se han creado 223.000 nuevos empleos en el sector rural y 150.000 nuevos empleos en cabeceras municipales pequeñas e intermedias, para un total de 373.000. ¡Éstas son palabras mayores! No hay duda de que nos queda mucho por hacer en este campo, pero estamos dedicados a hacerlo, con toda la determinación y con el concurso entusiasta de gremios de acción positiva como Confecámaras y de todas y cada una de las Cámaras de Comercio del país, que son un verdadero ejemplo de empuje e iniciativa para el bien de Colombia.

Permítanme cerrar estas palabras retomando otra vez las del doctor Eugenio Marulanda, a quien felicito por su destacada labor de liderazgo positivo al frente de este gremio, en pro de una economía más sana y en pro también de la paz:

“En Confecámaras creemos que, más allá de nuestra compleja realidad, Colombia tiene futuro. (...) Los años pasados han dado muestra de la profunda tenacidad de nuestra clase empresarial y de la confianza de sus ejecutivos en las posibilidades del país. De lo que se trata es de trabajar para romper los cuellos de botella y los obstáculos que han impedido que la segunda nación más populosa de Suramérica realice todo su potencial”.

Usted tiene toda la razón, doctor Marulanda. Como decía el General Uribe Uribe, la fórmula es muy sencilla: ¡TRABAJEMOS!

Muchas gracias